

EL HOMBRE QUE COMPRABA
GIGANTES

Luis C. Folgado de Torres

EL HOMBRE QUE COMPRABA
GIGANTES

*La historia más alucinante
duerme en un museo*

ALTERA

libros@altera.net
www.elhombrequecomprabagigantes.com

Primera edición: mayo de 2013

© Álera 2005, S. L., 2013

© Luis C. Folgado de Torres, 2013

ISBN: 978-84-89779-52-5

Depósito Legal: M-11231-2013

Álera 2005, S. L.

Bravo Murillo, 79

28003 Madrid

Tel. 91 534 94 14

libros@altera.net

Diseño de portada: Alejandro Colucci

Maquetación: Paco y Javier Arellano

Impresión: E-impresión Hispania

ÍNDICE

Capítulo I.....	7
Capítulo II.....	9
Capítulo III.....	39
Capítulo IV.....	79
Capítulo V.....	115
Capítulo VI.....	139
Capítulo VII.....	161
Capítulo VIII.....	171
Capítulo IX.....	197
Capítulo X.....	221
Capítulo XI.....	237
Capítulo XII.....	253
Epílogo.....	261

CAPÍTULO I

Madrid, 20 de abril de 1875

El pasillo, lóbrego como un túnel, del Depósito de Cadáveres, apenas iluminado por las llamas sonoras de las lámparas colgantes de carburo, se llenó con el eco de los pasos desbocados de don Pedro Velasco y los bastonazos que asestaba a las baldosas, como anunciando su bravura.

—Ni el doctor Velasco, ni don Alfonso XII, ni el Papa de Roma. Este cuerpo se queda donde está y sanseacabó. ¡Y no son horas de venir a jorobarme la existencia! —Don Celso Alvarado, forense titular del Depósito de Cadáveres de Madrid, se sintió importunado con la presencia inesperada de su colega, el doctor Velasco.

—Ya le han dicho que se marche, don Celso, pero está furioso —ni los conserjes, ni el asistente de don Celso pudieron hacer nada para detener a un Velasco completamente enfurecido.

—¡Ese cuerpo me pertenece y no voy a consentir que lo toque ni usted ni nadie! —de la boca de don Pedro Velasco salía un vapor esponjoso que se dispersaba al tocar el frío pesado de la sala de disección. Llegando a la mesa de mármol, el catedrático alzó su bastón con la cara descompuesta y amenazó al anciano forense y a

su asistente, que le cortaron el paso nada más verlo entrar.

Un descomunal cuerpo desnudo yacía en la mesa de mármol sobre la que don Celso se disponía a trabajar, desperdigados ya un escalpelo y otras herramientas metálicas sobre el vientre verduzco del finado. El cadáver tenía la cabeza colgando con la boca y los ojos muy abiertos, sobresaliendo del final de la mesa en la que tampoco cabían las piernas. Las ropas húmedas de aquel Polifemo a punto de ser eviscerado formaban un montículo, arrinconadas bajo la cristalera del patio de luces que rezumaba vahos de agua y formol. Por entre el montón de harapos asomaban las enormes botas, como barcas negruzcas y hediondas sobre las que horas antes anduvo el desdichado por las calles del Madrid más sórdido.

—¡Miren, miren esto! ¿O es que en este jorobado país ya no valen ni los documentos firmados ante notario?

El doctor Velasco desplegó vehemente un legajo sepiá planchado de sellos oficiales azules y rojos, golpeando con los dedos el lugar donde se retorcían las rúbricas. Luego lo giró hasta ponerlo delante de los ojos de don Celso, que se ajustó el binóculo antes de leer. Nada más comenzar su lectura temblona bajo la luz inestable del gas, la cara del forense se arrugó más todavía, evidenciando una perplejidad jamás mostrada a lo largo de su azarosa vida entre cadáveres.

—Dios mío, Velasco. Es usted peor que el demonio.

CAPÍTULO II

Puebla de Alcocer, 12 de abril de 1862

El día que Agustín Luengo Capilla vio entrar en su casa a aquel hombre estirado, de fino bigote retorcido, sombrero de tres puntas y capote negro con remates metálicos, fue el más triste de su vida, según relataría años más tarde a Bernal, el posadero de la Cava Baja, nada más llegar a Madrid.

Quince años llevaba el muchacho sorprendiendo a todo el pueblo por su tamaño, que comenzó a exagerarse de boca en boca de Don Benito a Mérida, donde se llegó a decir que medía tres metros, se alimentaba de ratones vivos y dormía en un pozo seco. No era así. Agustín era un niño descomunal de grande, pero un niño, a los ojos de sus paisanos de Puebla de Alcocer, que buscaba tagarinas en el campo cuando llovía, y jugaba al truco, la billarda y la rueda cuando no tenía que arrear las dos vacas retintas que su padre le encomendaba para que pastaran en los pobres prados de detrás de su casa, las únicas que comían bien en aquella familia. Es verdad que los más mayores del pueblo pensaron en una maldición al ver la desmesura de su crecimiento, y que las beatas de misa y rosario pidieron al cura que volviera a bautizarlo por si

paraba de agrandarse, pero al pasar los años todos aceptaron a aquel vecino de carnes estiradas hasta acostumbrarse a su altura, que enseguida dobló la de todos los muchachos de su edad.

Algunas lenguas aviesas atribuyeron la maldición que recayó sobre el único vástago de los Luengo a los malos actos de su abuelo, Fernán Luengo, rapa¹ de doña Concepción Molina de Spínola, después de que la mujer muriera desangrada tras un aborto que, decían, le practicó él mismo, presunto progenitor del feto que llevaba la mujer en sus adentros. Aunque nunca se dio por verdad, lo cierto es que Fernán acabó muerto a tiros durante un descaste de perdices que organizó el marido de la fallecida, el anciano don Bartolomé Spínola Dante, tan solo dos meses más tarde. Verdad o fábula, lo cierto es que Fernán Luengo tuvo toda su vida fama de garañón desmedido en las mujeres y en el vino, y de hombre pendenchero y altivo durante un tiempo dedicado al malherir a no pocos vecinos de varios pueblos, casi siempre por afrentas de faldas.

Lejos de crecerse ante sus compañeros de juegos por la ventaja que pudiera concederle su tamaño, Agustín enseguida mostró un apocamiento acomplejado, haciendo pandilla con los menos avisados o los que eran menores que él. Prefería la soledad del campo a los lugares poblados, sobre todo en los días festivos, cuando el vino peleón abría las navajas de los campesinos castúos. Después de llenar de vino malo sus gargantas gritonas, los mozos subían al pueblo buscando alcobas de tolerancia, y termi-

1. Guardés, mayoral, factótum u hombre de confianza en Extremadura.

naban la fiesta mofándose de las hechuras de aquel niño tan grande y tan serio.

En febrero de ese mismo año, la víspera de La Candelaria, una cáfila de cabreros venidos de Talarrubias, alterados al saber que el párroco había mandado a los alguaciles a cerrar durante las fiestas el infesto lupanar de doña Pura Vizuete, sublimaron, borrachos y frustrados, toda su testosterona contra Agustín y acorralaron al muchacho hasta que cayó contra la tapia del cementerio. El niño gigante estaba allí, como cada tarde, viendo cómo su conejo se hartaba de carretón². A punta de navaja exigieron al desdichado que se bajara los pantalones y, carcajeándose ante lo desproporcionadamente pequeño de su miembro viril, el más bravucón le colocó su faca bajo los testículos, amenazando con caparle como hacía con los machos cabríos en la dehesa. El gigante atemorizado fue incapaz de contener esfínteres, descargando sus intestinos sobre los pantalones para regocijo de aquella concurrencia de bestiajos apestando a pitarra. Al llegar a su casa con la ropa empercudida y oliendo a muladar, Obdulia, su madre, le quitó el conejo de las manos y lo tiró al suelo, corriendo el animal despavorido a arrinconarse. Agustín corrió peor suerte cuando su madre lo echó al patio y le despachó un cubo de agua helada sobre el trasero, rematando su descarga nerviosa de dos sopapos mal dados con la tranca de la puerta. A pesar de todo, el muchacho trató de abrazarse a su progenitora, que se zafó soltando sus manos de su falda: «No me pegue, madre, que han sido los hombres de la majada. Querían dejarme sin pilila y me dio susto. Madre, no se vaya, madre déme

2. Trébol en algunos pueblos de Extremadura.

un beso y no me deje aquí solo. Madre, perdóneme que soy muy torpe, como dice el maestro, pero no me deje solito que yo no he hecho nada malo». Agustín gimió y lloró amargamente hasta que quedó dormido, tullido sobre la zahúrda donde pasó aquella noche tan fría. Antes de sumergirse en su sueño, deseó ser un conejo pequeño que vivía dentro de una gazapera caliente, también pequeña, arrullado a su madre plácida, inmóvil menos para atusarle el pelo de la cara a lametones. Agustín odiaba ser tan grande y nunca le dejaron ser pequeño.

Más que breve fue su paso por la escuela: «Si no me trae a éste de seguido, Pedro, más le vale dejarlo al cuidado de las vacas, porque es de seso justo y las letras no le entran con facilidad», le dijo a su padre don Eduardo el maestro de Puebla, después de sus reiteradas ausencias a clase, y viendo como allí hacía poco más que calentar la banca.

—Buenos días —el hombre del capote negro golpeó el picaporte de la puerta varias veces y acercó la cara a la hendidura para que pudieran oírle desde dentro—. Buenos días, soy Eusebio dos Santos.

—Espere —una voz seca de mujer se oyó a través de la gruesa puerta negra. Luego sintió caer una cadena y se abrió el postigo hasta la mitad, emitiendo un quejido reseco.

—Buenos días, señora. Soy Eusebio dos Santos Marrafa, el dueño del circo. Imagino que habrán recibido mi carta —el hombre se mostró extremadamente cortés, levantando su sombrero con gracia e inclinándose ante la mujer. Tenía un tremendo acento portugués.

—Pase, dentro está mi marido.

Obdulía recibió al caballero sin expresión alguna, completamente de negro, excepción hecha de una toca

de punto gris oscuro posada sobre los hombros. Un luto ancestral que la llevaba enlazando unos muertos con otros desde que apenas tuvo veinte años. Siguiendo a la mujer, Marrafa anduvo por un empedrado en desnivel, flanqueado por baldosas rojas de terracota pintada, hasta llegar al centro de una casa de un cuerpo sin más adornos que dos tiestos repletos de pilistras, una en cada rincón.

Pedro Luengo, el padre de Agustín, no esperaba a nadie aquella mañana. Estaba sentado junto a una pequeña mesa de matanza a la entrada del patio, afilando su guadaña con una enorme chaira. Un pantalón de lona gruesa atado a la cintura con un cordel, un chaleco negro muy gastado sobre una camisa de rayas granate, y una boina negra calada vestían la pobreza de aquel oscuro campesino sin sueños. Las pisadas crujientes de sus botas lo acercaron hasta el negociante portugués.

—Usted dirá señor Marrafa. Siéntese —Pedro dispuso dos sillas junto a la mesa, señalando el respaldo de una de ellas, sobre la que invitaba a sentarse al visitante. De una mirada mandó a Obdulia a la cocina, y de un golpe posó una frasca de clarete sobre la mesa vacía de cosas—. Trae dos vasos, mujer.

—Pues aquí estoy, Pedro, dispuesto a hacer un hombre de provecho de ese hijo suyo del que me hablaron en Zafra. ¿Dónde está el mozo? —Marrafa había puesto el sombrero sobre la mesa, pero en ningún momento se quitó los mitones de las manos. Trataba de parecer una persona honesta a los ojos de Pedro, que lo observaba con la prudencia de un agustino admirado por sus ropajes de hombre de mundo, y receloso de aquel acento portugués que tanto le desagradaba.

—Ven aquí Agustín —el muchacho había estado al tanto de la visita tras la cortina que separaba la estancia principal de su cuartucho, en el que apenas había espacio para un jergón sujeto a los muros de adobe por dos viguetas de madera, la única manera de que el muchacho pudiera dormir en tan escaso espacio y sin que se vencieran las patas de su lecho.

Agustín corrió la cortina de arpillera, inclinándose para rebasar la puerta, y se presentó ante el propietario del circo sin abrir la boca, mirando al suelo. Llevaba puesto un pijama de franela azul, muy holgado, hasta la pantorrilla. Al salir, arrastró sus enormes pies sobre unas abarcas de esparto y cuero desabrochadas. Un conejo pardo deshilachado asomó la cabeza por el hueco de un botón del pijama, a la altura del pecho, y desplegó sus orejas curioseando. El portugués recorrió con la mirada todo el cuerpo del niño. No pudo contenerse:

—¡Fascinante! «Se-ma-ni-fic» —dijo en el francés artificial con el que algunas veces presentaba a los artistas de su *troupe* ante el público—. Realmente una criatura extraordinaria, un extraño fenómeno de la naturaleza.

—Como vuelva a llamar algo parecido a mi hijo yo me cago en todos sus muertos portugueses de usted, y le echo de esta casa a patadas. Se llama Agustín y no es ningún fenómeno extraño, que me lo ha parido ésa y está bautizado —a Pedro los términos empleados por el portugués para referirse a Agustín le parecieron más propios de animales que de hombres.

—Nada más lejos de mi intención que ofender a su hijo y a ustedes, señores míos. Es solo que la altura de Agustín resulta, en efecto, sobresaliente —se explicó Ma-

rrafa tratando de escoger cuidadosamente las palabras para no volver a herir a Pedro y a su familia.

Obdulia terminó de secar dos vasos de barro con el mandil y los puso sobre la mesa, uno frente a cada hombre.

—Beba vino, portugués.

—Pues ustedes ya deben de conocer mis pretensiones. Se las contaba en la carta que les envié. El chico será tratado con dignidad en el teatro ambulante de mi propiedad, aprendiendo el oficio de artista circense y recibiendo manutención suficiente por nuestra parte. Para ello solo necesito su consentimiento por escrito.

—La carta me la leyeron el jueves pasado. Déme doscientos reales y se lleva al niño ahora mismo, que yo le firmo todos los papeles que me ponga por delante —Pedro apuró su vaso hasta el final y lo dejó sobre la mesa, volviéndolo a llenar para ofrecérselo a Agustín. El niño sacó un pedazo de pan del bolsillo y lo mojó en el vino antes de comerlo, en silencio, sin llegar a sentarse con ellos. Estaba llorando.

Pedro ya no tenía sueños y sólo le quedaba una ilusión para cuando se marchase de su valle de lágrimas; despedirse dignamente, dentro de un ataúd de pino barnizado y vistiendo un traje como el que llevaban los señoritos los domingos a misa. Para eso se necesitaban unos cuartos que aquel adusto campesino no había tenido en su vida. La idea de un velorio por todo lo alto le obsesionaba desde cuando tuvo que amortajar a su padre y a su madre con sendos sudarios blancos, antes ajuar de cama con el que ambos se casaron, y meterlos después en cajas hechas con pedazos sueltos de sobrantes de madera siquiera sin pulir.

—Yo no hablaba en mi carta de dinero —respondió el portugués levantándose de la mesa con falsa vehemencia.

—Lo sé, pero éste no mueve un pie de aquí si usted no suelta los doscientos reales. ¿O es que se cree que somos idiotas? Usted va a hacer muy buen negocio enseñando las carnes del niño por esos mundos de Dios. También me lo han pedido los Carmelitas de Badajoz para que se haga monje y estudie latín, así que usted verá.

Eusebio dos Santos Marrafa sabía, desde antes de llegar al pueblo, que debería aflojar la guita de su bien custodiada talega si pretendía conseguir su monstruo, pero trataba de ponerle las cosas difíciles a Pedro para no dejarse allí tanta ganancia.

—Le puedo dar setenta reales, dos hogazas de pan blanco, un saco de media arroba de arroz, dos medidas de miel del Alentejo, una garrafa de aguardiente de Cazalla de la Sierra y dos paletas de las que curan en Fregenal. Con eso tienen casi hasta el invierno que viene. Usted dirá.

—Y un daguerrotipo de los que hacen en la feria —Pedro se levantó y acercó su mano hasta el portugués pretendiendo cerrar el trato. Marrafa se la estrechó sin mucho afán, sentenciando:

—Tendrá su daguerrotipo —dicho esto se dirigió a la puerta muy diligente—. Espere.

Marrafa salió a la calle cuando comenzaban a caer enormes gotas de lluvia muy separadas sobre el adoquinado. Al girar la esquina se encontró con parte de su comitiva circense sobre una carreta, completamente rodeada de vecinos curiosos deslumbrados por los colores chillones del carromato. En el pescante se encontraban dos arlequines enanos malhumorados por una concurrencia ruidosa, que no se marchaba a pesar de la lluvia.

En realidad se trataba de una diligencia a vapor del tipo *Bordino*³, que los vecinos de Puebla no habían visto ni en el más extraordinario de sus sueños. Los más jóvenes contemplaban embelesados una pintura sobre el chasis de madera de la tartana motorizada, en el que se anunciaban las habilidades de una trapecista rubia casi en cueros. Los mayores miraban extrañados las nubecillas de vapor volatilizándose al salir de la caldera. Vestidos de negro, importunaban a los diminutos arlequines para que se marcharan del pueblo, lanzándoles piedras y palos ante el temor de que el artefacto explotara en cualquier momento y se llevara por delante a todo el censo de Puebla de Alcozer.

—Vamos, déjenme pasar —Marrafa se coló entre el bullicio y abrió una de las puertas laterales, subiendo por una escalinata metálica que apareció tras la portezuela. Se hizo un silencio expectante alrededor del artefacto hasta que el portugués salió armado con un trípode de madera, sujetando un cajón del que pendía un trapo negro como la capucha de un verdugo. Algunas mujeres se santiguaron y más de la mitad de la concurrencia se retiró: «Es un daguerrotipo, vámonos», le dijo un hombre muy anciano a su señora, antes de alejarse de allí temiendo el robo de su alma por aquel artefacto. Se decía en el pueblo que eso fue lo que le sucedió a un turroneiro de Castuera, tonto después de sufrir el fogonazo de polvo de magnesio cuando le tomaban una foto, que así siguió hasta que el

3. Diligencia autopropulsada a vapor de fabricación italiana a la que podían engancharse dos mulas para caminos empinados. Disponía de una caldera en la parte posterior y capacidad para seis personas. Los carruajes de este tipo resultaban inusuales en la España de la época.

obispo de Badajoz en persona le despabiló, hisopo en mano, con agua recién bendecida. Sin embargo, los que conocían bien al castorano sabían de sobra que ya vino a este mundo con poco seso.

Marrafa se dirigió a la casa de Agustín seguido a una distancia prudente de una muchachada silenciosa y del carromato humeante que conducían los enanos, ahora más despejado de gente. Finalmente, la comitiva se detuvo frente a la casa de la familia Luengo. Obdulia volvió a abrir el postigo, saliendo disparada nada más ver al hombre de la capa con la daguerrotipia sobre el hombro. La mujer comenzó a santiguarse camino del patio, hasta que Pedro la detuvo:

—Tú te pones aquí —Pedro ordenó a su familia dejando a Agustín en medio. Se colocaron mucho antes de que Marrafa manipulase al artilugio para conseguir un fogonazo que los dejó ciegos unos instantes en aquella estancia penumbrosa. Al fin, el papel mojado con la única imagen familiar tomada hasta el momento, salió de entre los trapos que cubrieron la cabeza del portugués durante un buen rato. Obdulia no se atrevió a mirar la foto y se marchó a la cocina, nerviosa después de tantas emociones.

Varios golpes espaciados en la cancela se oyeron dentro de la casa mientras Marrafa entregaba a Pedro los reales pactados.

—¿Quién es ahora? —preguntó Obdulia cansada de abrir la puerta.

—Ábrame, Obdulia, soy don Tirso —el párroco de Puebla clamaba enfurecido desde la entrada—. ¡Ábrame, por el amor de Dios!

—Ya va, ya va...

Nada más abrirle, don Tirso bajó del umbral y se dirigió al interior por el empedrado. No miró ni habló a la mujer, que se quedó mirando cómo se adentraba donde los dos hombres se entendían con las cuentas.

—¿Se puede saber qué está pasando en esta casa? —contra su costumbre, don Tirso no saludó a los presentes. Miraba hostil a los dos hombres, esperando una explicación que confirmase o acabase con sus presagios. Colocó ofuscado su sombrero negro sobre el saliente de una de las sillas, y volvió a preguntar con la voz temblorosa de indignación:

—¿Se puede saber qué es todo ese dinero?

—El niño, que marcha con éstos al circo, don Tirso —el respeto que Pedro le tenía al cura bastó para consentirle intromisión tan inoportuna y contener sus ganas de dejarle bien claro que no era asunto suyo—. El dinero es una gentileza del empresario, para compensarnos por la marcha de nuestro hijo.

—Agustín se queda en esta casa hasta que vengan de Badajoz los Padres Carmelitas para llevárselo al cenobio. Eso ya lo tenía yo hablado con usted, Pedro. ¿Qué pretende? ¿Qué el pobre Agustín se pase la vida de pueblo en pueblo sufriendo el oprobio de la exhibición pública? Agustín debe quedarse, que ya le darán oficio en el convento, y en pago lo educarán hasta que decida qué hacer con su vida en albedrío de adulto. —El cura tenía la cara roja e hinchada como cuando entró con los guardias en el burdel de doña Pura y la emprendió a golpes de zurriago sobre los clientes y las meretrices despavoridas.

—¿Y a mí qué carajo me dan los Carmelitas esos por el niño? —le respondió Pedro acercando su cara a la del párroco con altivez.

Mientras Pedro y don Tirso dirimían sobre el futuro del niño gigante, Marrafa se dirigió de nuevo a la puerta. Frente al carromato, ordenó en portugués a los enanos que le ayudaran con las prebendas pactadas. Los lacayos obedecieron, bajándose del pescante, y comenzaron a despachar los sacos con el arroz, las paletas, una damajuana con la miel y el resto de viandas. Al llegar los diminutos porteadores a la sala, don Tirso no pudo contener su indignación.

—¡Márchense de aquí, demonios menguantes, bestias deformadas por el pecado! Y usted, marchante del averno, mercader de propuestas perversas y aviesas tretas, lárguese con su artefacto infernal, que éste es un pueblo de gente honesta. ¡Más honesta cuanto más pobre! —exclamó el reverendo mirando por primera vez a un Marrafa quieto, con las dos paletillas de Fregenal agarradas por las cuerdas grasientas de las pezuñas. Don Tirso no había hecho más que comenzar su discurso, y prosiguió con nuevos agravios al portugués y una súplica final dirigida a Pedro y Obdulía, a los que rogó de rodillas:

—Les suplico que me den solo una semana. Siete días solamente hasta que lleguen los monjes de Badajoz y se lleven a su hijo al convento —Marrafa agitó las dos paletas para atraer la vista de Pedro, confuso ante tanta súplica y más comida de la que había visto jamás.

El hombre resolvió saliéndose de la escena, paseando cabizbajo, con los brazos cruzados, hasta el otro lado de la habitación. Agustín se retiró a su cuarto temeroso, como barruntando un final nefasto, con las tripas ansiosas al ver tal cantidad de pitanza.

—El niño se va con don Eusebio. En el circo sabrán hacer un hombre de él, y es la única manera de que sepa

lo que es la vida y conozca mundo. Además, en el convento me lo van a amariconar —Pedro se acercó al cura y lo levantó del suelo por los hombros—. Y usted levántese, señor cura. Deje ya de montar numeritos en mi casa que para eso tiene el púlpito.

—Su hijo es un enfermo, Pedro, no una atracción de feria. Tiene mala la pituitaria, que ya se lo dijo Abilio en la botica. Hay entre los carmelitas doctores eminentes que le pueden ayudar. Ellos mismos preparan fórmulas magistrales contra los padecimientos más extraordinarios. De no ir allí su hijo morirá en una barraca inmunda o en cualquier vereda polvorienta, y habrá sido usted su verdugo —el tono de súplica de don Tirso se tornó abrupto, incriminando a Pedro con el dedo enhiesto apuntando a su corazón.

—Váyase de esta casa, señor cura, ¡mi hijo no es ningún enfermo! Es un niño muy alto y será el hombre más alto de España... ¿Qué tiene de malo que lo vea todo el mundo? —Pedro arrebató las dos paletas al portugués y las llevó a la cocina. Obdulia escuchaba desde allí a los hombres discutir.

—Yo no quiero que se lo lleven los del circo. Mejor los curas esos de Badajoz —Obdulia se dirigió a su marido en voz baja, sin mirarlo. La disputa con el cura le había resultado molesta y engorrosa, sobre todo por su condición de rezadora⁴.

—Tú te callas y guardas todo eso en la alacena. Y dale al muchacho lo que quiera de comer, pero no le cortes de las paletas.

4. Mujer que reza a cambio de dinero en los entierros, o como rogativa ante una enfermedad. Este oficio estuvo muy extendido en algunas poblaciones del sur de España hasta bien entrado el siglo XX.

—Váyase señor cura, no se lo digo más, que ya deben andar las beatas aguardando la misa —don Tirso cogió su sombrero alado del pico de la silla y se marchó sin despedirse. Desde la calle se volvió mirando al portugués:

—Y a usted ya le dará lo suyo Lucifer cuando deje este mundo. No tendrá buen final, no. A usted lo engañarán de la misma manera que usted ha venido hoy a embaucar a esta familia.

No mucho después de que el cura los dejara, Obdulia y Pedro despedían a Agustín desde la puerta. Su madre seguía sin estar conforme con aquella ida, tratando de disimular su tristeza ante el muchacho, que solo la miraba a ella. Pedro parecía estar satisfecho con el trato, aunque tuviera algo agitada la conciencia por dejar marchar a Agustín de aquella forma. A punto de partir, Obdulia besuqueó a su hijo y lo apretó entre sus brazos. En ese momento comenzó a llorar.

—Déjalo ya, mujer, que le vas a dejar con mal regusto —Pedro recriminaba a Obdulia un llanto que le hacía sentir culpable y le ponía nervioso. Hubiera llegado a temer por su trato si la mujer no se hubiera enjugado las lágrimas y cesado su llanto, casi arrepentido como estaba por dejar marchar a Agustín.

El muchacho había guardado en un petate las cuatro ropas que tenía. Su madre le metió, a escondidas de su marido, media hogaza de pan y un trozo grande de queso.

—Adiós, padre —el muchacho nunca había besado a su progenitor. Ni se le pasó por la imaginación hacerlo ahora.

—Espera, espera —cuando el muchacho se había echado el petate al hombro su padre lo detuvo—. Hay una cosa que quiero darte.

Pedro se echó mano al bolsillo de su chaleco y sacó una leontina *Longines* plateada y gruesa. Luego la puso sobre la palma de la mano de su hijo y la tapó con sus enormes dedos, dándole varios golpes.

—Es tuya. Para que te acuerdes de tu padre cada vez que veas la hora —Pedro acababa de entregar a su vástago el único tesoro que poseyó en toda su vida.

El campamento de los titiriteros que formaban la compañía de Marrafa estaba fuera del pueblo. Los guardias civiles no les habían permitido acampar a menos de dos kilómetros, pues corría el rumor de que traían la gripe de Huelva, última plaza donde habían actuado antes de llegar la primavera.

Desde la remota Edad Media, los responsables de la transmisión de las grandes plagas fueron los pueblos que vivían del nomadismo, práctica muy extendida en pleno siglo XIX. Trashumantes de ganado, titiriteros, carreteros, gitanos y buhoneros se encargaban de trasladar las cepas de bacterias, bacilos y virus de una ciudad a otra⁵. La ausencia casi total de higiene permitía, además, que las epidemias se propagaran a toda velocidad por la geografía europea, dejando su rastro implacable de muerte y desolación. Para desdicha de los artistas del circo, todo se complicó desde que se supo que la gripe, el cólera, la peste bubónica, la sífilis o la gonorrea no eran la consecuencia de una maldición divina. Cuando la ciencia descubrió como causantes de tanto mal a unos seres invisibles transmitidos por animales o personas a través de

5. La peste bubónica, en concreto, era transmitida por la picadura de las pulgas que habían estado en contacto con ratas. Estos roedores, a su vez, viajaban de polizones entre las mercaderías de barcos y carros.

muy diversas vías de contagio, la gente que se ganaba la vida yendo de una población a otra fue mirada con recelo por los lugareños, y vigilada muy de cerca por los guardias.

Sólo dejaron entrar en la Puebla a Eusebio Marrafa y sus lacayos enanos, tras una generosa limosna destinada al colegio de beneméritos huérfanos que seguramente nunca llegaría a tal destino. Una hoguera chispeante en el centro del campamento calentaba a los extraños habitantes de aquel poblado, y prendía chorizos pinchados en palos. Al acercarse la carreta, varios saltimbanquis acudieron a darles la bienvenida, realizando piruetas, gambetas y cabriolas, al tiempo que rompían el silencio de la mansa dehesa con sus agudos silbatos intermitentes. Los retales de colores vivos, amarillos, rojos y azules, de los que se componía su indumentaria, contrastaban con la serenidad de las pardas encinas y el suave verdor de la vega interminable.

Agustín no había parado de llorar durante todo el trayecto, procurando que no se oyeran sus gemidos, y resregándose la cara con la bocamanga del pijama para no evidenciar su desazón. Iba encorvado dentro de la berlina tambaleante que pilotaban los enanos, uno en el pescante y otro detrás en la caldera, por caminos llanos, embarrados y pedregosos.

—Ya hemos llegado. Aquí estarás bien —Marrafa tocó al niño en la espalda para indicarle que ya podía bajar—. ¡No os quedéis mirando! Acompañad al muchacho a la cocina y dadle de comer todo lo que quiera.

Agustín bajó del carromato con los ojos muy abiertos, temeroso y lleno de inquietud. Había visto muchas veces el circo desde fuera, cuando los gitanos lo monta-

ban en la explanada cercana al cuartel, pero nunca había estado en una función, ni tan cerca de los actores. Sólo Peligros, la mujer serpiente, salió a recibirlo. El resto se quedó en su sitio dejándose impresionar por los pasos enormes del niño gigante, a partir de ahora un compañero más de viaje.

—Nicolás, trae un pan de a kilo —Marrafa se dirigió a uno de los enanos que lo habían acompañado al pueblo. Dio unas palmas metiéndole prisa y el diminuto bufón corrió hasta el carro despensa en busca de la pesada hogaza. Al volver entregó el pan a Marrafa y éste lo puso en las manos de Agustín.

—Esconde eso en una mano —Marrafa había estado diseñando el número de Agustín mientras regresaba del pueblo. La idea se le ocurrió cuando entregaba las hogazas de pan a su padre. Ahora quería saber la opinión de los suyos.

—¡Es impresionante! Hola, soy la mujer serpiente del circo —Peligros se presentó a Agustín mientras el resto de la *troupe* aplaudía al ver cómo el muchacho era capaz de esconder casi toda la hogaza de pan en una sola de sus descomunales manos. Agustín estaba fascinado, no tanto por los aplausos que acababan de dirigirle, sino más bien por el amplio escote de bienvenida de Peligros. La mujer enseguida notó su párvula rubefacción—. Ven, te voy a llevar a comer y a que te tomen medidas para tu ropa de artista. ¿Cómo te llamas, grandullón?

—Agustín Luengo Capilla.

El niño gigante ya no lloraba, pero su cara gacha evidenciaba cortedad, y su hablar titubeante, confusión y miedo. El muchacho siguió a Peligros hasta un carronato humeante que parecía la cocina. En el interior de una pe-

rola inmensa, que por su aspecto antes debió de haber sido un bidón de combustible, burbujeaba una sopa rojiza. En el carromato alargado, los demás utensilios colgaban de la pared bien sujetos con alambres y cuerdas. Solo así podían permanecer en su sitio a pesar de los baches del camino. Nadie se estaba ocupando de la cochura en aquel momento, así que la misma Peligros le sirvió un cuenco hirviente de aquel guiso y le dio una cuchara negra de madera. «Cuidado con la lengua, que está muy caliente», le advirtió. Agachado sobre la comida, sin el menor protocolo y sorbiendo para no quemarse la boca, Agustín lo engulló todo, acompañándose de continuos pellizcos de pan. Comió hasta que no pudo más, debiendo Peligros llenarle el cuenco en dos ocasiones. Mientras sorbía la sopa, Agustín giraba lentamente la cabeza de lado a lado, sin dejar de ver comida por donde su vista pasaba. Tiras de pestorejo adobado colgaban como estalactitas del techo curvo del carruaje, junto a ristras de ajos trenzados, cebollas atadas con cordeles, pellas de tocino, ramas de laurel... Todos los manjares que había visto Agustín la vez que su padre le llevó al mercado de Zafra estaban allí. Cuando terminó de comer, Peligros dejó su cuenco sobre una pirámide de loza equilibrista, cazos y perolas hacinados sobre una pila en espera de que alguien se ocupara de ellos.

—¿Ha comido bien el señor? —bromeó la mujer serpiente.

—Muy bien, gracias —le respondió Agustín sin mirarla mientras guardaba un pedazo de pan en el bolsillo del pijama.

En un rincón del carromato, un niño deforme de cara felina se entretenía recogiendo las cáscaras de cebolla y ajo que habían quedado desperdigadas por el suelo, jun-

tándolas para luego volverlas a desperdigar. Un ronroneo agudo salía por su boca grande, rebosante de dientes muy separados. Agustín se quedó mirando a aquella efigie encorvada.

—Antoñito, vamos, levanta de ahí. ¡Este chiquillo siempre recogiendo las mierdas del suelo! —Peligros dio un tirón al brazo del niño y lo levantó, quedando éste muy cerca de las piernas de Agustín, a las que se agarró enseguida, lloriqueando. Tenía la cara embadurnada de mocos y leche. El crío miró fijamente a Agustín y luego abrió su mano derecha, dejando caer una lluvia de mondas de cebolla sobre la silla.

—¿Sabe jugar? —preguntó Agustín a Peligros.

—No lo sé —Peligros se encogió de hombros y recogió el cuenco de la mesa—. Creo que sí.

Agustín metió su mano entre la camisa, desbotonándola, y sacó de su cintura un gazapo gris de hocico vacilante, con la cara mojada por las lágrimas que el muchacho había vertido sobre él durante todo el camino. Lo acercó a Antoñito muy despacio y lo movió a la altura de sus ojos. El niño deforme primero se echó atrás y luego extendió su mano hasta tocarle, muy despacio y muy suavemente, la cara y las orejas. Después insistió con ambas manos y tiró de ellas tan fuerte que el animal comenzó a agitar las patas traseras dando zarpazos muy seguidos al aire. Agustín liberó al conejo de las manos del niño y lo devolvió a sus entretelas.

*

María Peligros Dávila de la Prada había nacido en Calatayud, hacía ya treinta y dos fríos inviernos. No entró en calor la mujer hasta que descubrió la fórmula, secreta solo

en un principio, de calentar sus noches y recebar su insaciable alcancía. Después de cada función, Peligros se encamaba con cuanto parroquiano le mostraba una talega repleta de monedas. Primero en cualquier páramo o bajo el puente más desolado del pueblo adonde diera con sus huesos en aquel momento, luego en su propio carronato; una carreta de labranza reformada que le compró por tres perras gordas a un señorito de Baeza, con el que ayuntó los quince días que su compañía actuó en Córdoba. Fue la mejor inversión que hizo en su vida. Mejor que una leontina de oro o un camafeo de porcelana de Macao. Aquella alcoba rodante fue amortizada al poco con los cuartos que le procuraban sus licenciosos galanteos, que al fin pudo rematar entre sábanas de algodón en lugar de los trigales verdes a los que acostumbraba. Se olvidó entonces de los salpullidos que le dejaban las garrapatas funámbulas al subir desde la hierba hasta su larga cabellera teñida de rubio.

Peligros era la mujer serpiente del circo desde que Marrafa la contrató, hacía ya diez años. Su número era bien sencillo: mediante un juego de espejos y luces —una especie de caleidoscopio vertical— su cabeza se fundía con el cuerpo inerte de una víbora hocicuda rellena de guata, pareciendo mujer y serpiente una sola criatura. En realidad no era más que una ilusión óptica que sólo los más ingenuos se tragaban, pero el numerito merecía la pena con tal de ver la cara lozana de Peligros, sería durante todo el pase, agitando la cola de la serpiente con una varilla invisible. Los enanos Pedreira eran los responsables de empujar el carrito donde posaba la mujer. Gracias a este paseíllo podían verla todos los asistentes, dispuestos en círculo bajo la carpa. Los carteles a la entrada del circo anunciaban fenómeno tan extraordinario como

«el resultado de la cópula contra natura entre una señora de Valdepeñas y una sierpe perversa, que la asaltó mientras tendía la ropa en las aulagas secas de su cerca».

Después del breve pase de aquel cruce de hembra humana con ofidio, cuando la función completa había terminado, el público podía verla más de cerca bajo un templete levantado en un lateral de la carpa principal, abonando, eso sí, unos céntimos extra por el nuevo vistazo al falso engendro.

Aunque el portugués detestaba la conducta salaz de Peligros, por no ser hombre inclinado al lenocinio, estaba dispuesto a consentir sus frecuentes idas y venidas al «carrromato del amor», como ella lo denominaba con ironía, generalmente de la mano de robustos campesinos. Todo ello mientras el templete de su coliseo itinerante estuviera bien surtido de caballeros deslumbrados por una cara tan excepcionalmente hermosa. Para ver a la mujer serpiente, labriegos y pastores llegaban a hacer cola dos y hasta tres veces ante el sombrero aquel. Hubiera dado igual que su cuerpo fuera de una víbora hocicuda o de un cangrejo del Duero, con tal de sentir el hechizo de aquellos ojos negros repintados, aquellos lunares de carboncillo y aquella melena rubia y frondosa. Para hacer más sugestivos sus pupilas, Peligros se frotaba los ojos con belladona⁶. Como todos los integrantes de la compañía, la actriz realizaba mil desempeños además de convertirse en serpiente cada noche, aunque estaba exenta de los oficios

6. Sustancia que posee la propiedad de dilatar la pupila. En otro tiempo fue muy usada por comediantes de toda condición. Las primeras películas de cine mudo contaron con este unguento para hacer más expresivas las miradas, ante la ausencia de diálogos hablados.

más denigrantes como limpiar las jaulas de los animales o enterrar los excrementos de hombres y bestias.

Marrafa lo tenía todo pensado. Cuando la bellísima maña se hiciera mayor y en su cara brotaran las primeras arrugas, le bastaría con cambiar aquella cabeza de serpiente por otra más atractiva, reclutada con tiempo en cualquier aldea perdida de la ancha geografía ibérica. De esta manera podría vengarse de tantos años de lascivia, poniéndola en la calle con su carromato del pecado. Faltaban pocos años para que esto sucediese y Peligros lo sabía.

*

Las primeras noches las pasó Agustín al raso, sobre un lecho de paja, tapado por una gruesa manta de cuadros con flecos. Le dijeron que durmiera bajo la carreta de los animales. Al llegar allí sintió temor por la proximidad de aquellas fieras. Antes de tumbarse definitivamente, las miró. Los leones se hacinaban en una jaula prieta llena de paja sucia, con las pelambreras recomidas clareando tras sus cabezas. No rugían, relamiéndose sin motivo alguno, a juzgar por sus vientres flacos, que parecían más propios de galgos que de leones. Los cuatro caniches paseaban de un lado a otro de su jaula, con el costillar jadeante marcado bajo la piel. Solo, se agarraba a los barrotes de su cautiverio un mono huidizo y enfurruñado, con las asentaderas pelonas y la barbilla llena de canas. La presencia de aquella fauna dejó de inquietar a Agustín después del primer vistazo. Tampoco le importunaron sus hedores, durmiendo un sueño plácido tras un día que jamás hubiera sospechado tan lleno de emociones.

Pronto le habilitaron un catre, estrecho pero muy largo, en el mismo carromato donde dormían los enanos

Pedreira sobre una litera que parecía de casa de muñecas. Ésa fue su habitación desde aquel momento.

Agustín hacía sin rechistar lo que se le pedía, no importándole la naturaleza de la tarea encomendada, que lo mismo podía consistir en asear a los caballos, cortar leña o limpiar las jaulas de los inofensivos leones y el resto de cuadrúpedos. Tampoco le desagradaban sus dos compañeros de carromato, los enanos portugueses Nicolás y Justo Pedreira. Con ellos compartió, casi desde el principio, intimidades, temores, penas y alegrías. Todas las noches jugaban a las cartas, apostando judías y garbanzos, hasta que el sueño los derrotaba casi al mismo tiempo.

Desde el principio, Agustín se sintió fascinado por la belleza de Peligros. No había vez que se cruzara con ella sin que su cara no se tornase roja como un pimiento choricero. Sus breves faldas y sus amplios escotes le ponían tan nervioso que muchas veces la evitaba, dando un rodeo por todo el campamento antes de coger agua del aljibe. A la mujer serpiente solo le fascinaba de Agustín su altura, llamándole alegremente «grandullón» cuando necesitaba que le portara algún bulto o le alcanzara alguna mercancía de los estantes.

No todo, sin embargo, eran amistades en aquella extraña comunidad. Manuel Canivell Portella, el «domador de rayos», no se trataba con ninguno de los seres que él calificaba de anormales o engendros, ni les dirigía la palabra en ningún momento, mirándolos con altivez si no podía evitar cruzarse con ellos. Canivell no era partidario de convertir aquel coliseo rodante en un bestiario, sino más bien en una carpa científica, llena de inventos, artilugios modernos y sabios, tan sabios como él. Así se lo ha-

cía saber constantemente a Marrafa, a quien le criticó sin ambages la inclusión de Agustín en la compañía.

El número del Circo Luso de Marrafa que más gente atraía era, precisamente, el que protagonizaba Manuel Canivell, presentado como Nicolay Teodiski, el prestigioso científico ruso de Kazajstán inventor de la máquina de atrapar rayos de tormenta. Pero Manuel Canivell Portella no era más que un anciano traductor de inglés al servicio de los servicios secretos del general Espartero, que conoció la manera de producir corriente continua después de traducir un manual del británico Michael Faraday. Por razones estratégicas, las autoridades españolas estaban muy interesadas en este tratado, pero el avieso traductor se deshizo de él, después de traducirlo íntegramente, para disponer del invento en exclusiva. Cuando al fin hubo terminado su alternador de corriente electromagnética, trasunto exacto del diseñado por el egregio científico inglés, pensó hacerse rico mostrando el haz de luz chisporroteante que salía de aquel artefacto rodeado de cables. Lo dejó todo y, tras una demostración exitosa, le admitieron en el Teatro Real de Madrid, consiguiendo un gran éxito de público en cada representación donde, completamente a oscuras, iluminaba el magnífico recinto con sus explosivos rayos blanquiazules. Durante las primeras sesiones, muchos de los asistentes salían despavoridos pensando que eran los rayos del infierno, pero la mayoría aplaudían encantados después de haber contemplado algo único que ni en sus peores pesadillas hubieran podido presenciar. El espectáculo se anunciaba con gran profusión de cartelera, encolada en las tapias del centro de la capital. «Los rayos del infierno», se titulaba la novedosa propuesta de la que todo el mundo hablaba en las tertu-

lias y mentideros de La Latina⁷. La fortuna dio de lado a Canivell cuando un consejo dado por el ministro Bravo Murillo a la reina Isabel II puso fin a las comentadas representaciones del traductor catalán, por más que la soberana en persona había sido testigo de tales prodigios en varias ocasiones. Aseguraba el ministro que «el clero andaba nervioso ante unos descubrimientos que bien podrían haber sido inducidos por el mismísimo demonio», según rumiaban los tunicados por boca de su cardenal, y que «había que tener contentos a los curas en todo, no fueran a guiñarles un ojo a los jodidos carlistas». En efecto, el dominio de la lengua latina, inglesa y francesa, en las que hablaba Canivell mientras ponía en marcha su máquina con la intención de impregnar de misterio a la representación, llevó a pensar al cardenal prelado que se trataba de una posesión, y que el traductor no era sino un acólito de Satanás venido a España para acabar con el catolicismo. Les irritaba especialmente que jugase a ser Yavhé cuando pronunciaba las palabras «hágase la luz», momentos antes de que su artilugio comenzara a escupir los espectaculares haces luminosos. «Porque fue Dios, nuestro Señor, quien separó la luz de las tinieblas. Lo dice el Génesis bien claro», pudo leer don Juan Bravo Murillo en la carta que le envió el purpurado y que puso fin a la lujosa vida del avispado traductor catalán.

Con su aparato metido en un carro del que tiraban dos patigordos pencos comidos de pulgas, se propuso emprender su propio negocio circense, mostrando la re-

7. Barrio popular de Madrid que debe su nombre a doña Beatriz Galindo, *la Latina* (1465-1534), institutriz de Isabel la Católica y gran conocedora de las lenguas clásicas.

cién dominada electricidad por las ciudades más grandes de la geografía española. A ellas acudía errante, renegando de las incomodidades de los polvorientos caminos de la meseta, tan acostumbrado como estaba a la vida amable de los mejores hoteles de la capital. Canivell no solo no se hizo rico con la electricidad de salón —que era todo el uso que se hacía entonces de estos principios de la física— sino que perdió todo el dinero conseguido noche a noche en el Teatro Real de Madrid: más de dos mil reales. En muchos pueblos no le dejaban ni entrar, al correrse la voz de que «un paje de Lucifer traía los rayos del infierno metidos en un cajón». Su afición al aguardiente remató aquella temporada de calamidades en el cuartelillo Astorga, después de golpear al cura párroco contra un confesionario la tarde misma en que el reverendo pontificó desde el púlpito para que nadie acudiera al teatro donde iba a tener lugar la diabólica representación, so pena de excomunión. «Fue éste un periplo que nunca debió de haber comenzado», según se lamentaba cuando Marrafa lo contrató. El portugués, mucho más avisado en los negocios, revistió su número de un moderno cientifismo a fin de evitar problemas con los curas, obispos y alcaldes puritanos de los pueblos y ciudades donde su *troupe* recalaba. Lo denominó «El domador de rayos; los impresionantes avances de la ciencia metafísica», pensando que el término aristotélico resultaba más avanzado e impactante que el de simple física pues desconocía, por supuesto, la diferencia entre ambos conceptos. Bajo el largo título de los carteles anunciadores, un apunte en letra menuda trataba de aumentar el deseo de los potenciales asistentes previniendo: «Si es usted persona miedosa, mujer o padece problemas de corazón, hidropesía u otras

dolencias mayores, le recomendamos que abandone la carpa en el momento de esta representación».

Dos condiciones puso Marrafa al viejo Canivell para contratarlo a cambio de un porcentaje sobre la entrada. La primera fue que se mantuviera alejado del aguardiente. La segunda, que acudiera a la iglesia al llegar a cada localidad y aguardara turno de confesión, comulgando después si coincidía con la hora de misa. De este modo trataba de ahuyentar los temores del clero local acerca del origen diabólico de su máquina de rayos. Además, cuando presentara su número, Canivell siempre debía decir «Dios nuestro Señor»⁸ al hablar del momento de la creación del mundo. La segunda condición nunca fue pasada por alto por el falso científico, pero de la primera tuvo enseguida Marrafa razón de graves incumplimientos. Sabía además, por los enanos Pedreira, que siempre tuvo un garrafón de Zalamea o Cazalla en su carromato, y que durante sus borracheras, ahora mucho más espaciadas, hablaba en inglés y latín.

Su número fue rentable desde el principio. Tras una primera función a media entrada, en la que los asistentes quedaban impactados por los rayos sonoros de la máquina de Faraday, la voz se corría por comarcas enteras, y las siguientes representaciones presentaban llenos imponentes que el empresario portugués celebraba agasajando a toda la plantilla con opíparas comidas en grupo, donde

8. Sentencia con la que terminaban muchos de los postulados de pensadores y científicos. Tenía la finalidad de atenuar las acusaciones de la Inquisición, en caso de discrepancias con la doctrina de la Iglesia. René Descartes, por ejemplo, la empleaba al abordar asuntos relacionados con el correlato físico del alma: «Todo ello por designio de Dios nuestro Señor».

no faltaba el jamón de Extremadura, el queso manchego y el vino de Málaga, vetado por supuesto a Canivell desde que llegó.

Del espectáculo de luz y tinieblas también se suprimieron las frases pronunciadas por Canivell en cualquier idioma extranjero. Todo comenzaba con un apagón general de los candiles que iluminaban el interior de la carpa. Un carro tirado por los dos enanos Pedreira situaba el aparato de Faraday en un lateral de la pista. Luego colocaban un borne en el lado opuesto. Mientras, otros operarios apenas iluminados por una palmatoria, colgaban de la estructura superior del coso algo parecido a una enorme jaula de metal que se balanceaba como un péndulo sobre el mismo centro de la pista. Canivell se situaba junto al aparato vestido normalmente de smoking blanco y pajarita de lunares, aunque en invierno se echaba encima un levitón dorado muy brillante. Con su esponjoso pelo cano peinado hacia atrás, simulaba las cabelleras de los científicos a los que vio retratados en los muchos libros que él había traducido hacía años. Nunca llevaba binóculo durante las representaciones:

Espero que estén preparados para contemplar el momento de la creación del mundo, cuando Dios nuestro Señor separó la luz de las tinieblas. Esta máquina de mi invención es capaz de concentrar toda la fuerza del Universo, desafiando las leyes de la metafísica hasta iluminar todo el recinto. No teman, todo está bajo mi control. Este discurso lo pronunciaba el científico impostor con un también falso acento ruso, antes de activar su aparato, del que enseguida comenzaban a brotar haces de luz inestables, como rayos de tormenta, que emitían un “biz-biz” inquietante. Al poco, giraba una maneta que incre-

mentaba la potencia del aparato mientras los rayos crepitaban hasta alcanzar el borne situado al otro extremo de la pista. Finalmente la jaula del centro recibía la carga, y todo el circo quedaba iluminado por los potentes rayos destellantes que relampagueaban al saltar de un barrote a otro. Mientras los rayos se movían como una amenazadora araña gigante, un chisporroteo intermitente irrumpía en la estancia totalmente enmudecida. A las primeras filas de platea llegaban inofensivas chispas refulgentes que se desvanecían antes de tocar a ningún espectador. El humo blanco resultante de la reacción llenaba el anfiteatro e impregnaba el ambiente de un olor profundo a pelo quemado. Los asistentes emitían un «¡oh!» continuo durante los apenas dos minutos que duraba la descarga, y muchos de ellos, aún sin perder de vista el devenir de aquella energía desconocida, corrían a situarse lo más lejos posible del resplandor.

Canivell mostraba peor carácter cuanto más viejo se hacía, de manera que hombres y bestias rehuían su presencia. El mismo Agustín se alejaba de su mirada funesta cuando lo veía pasear envuelto en su levitón dorado por los aledaños del circo. Su número le apasionaba. Lo contemplaba siempre entre bastidores, creyendo que se trataba de simple magia que el conspicuo catalán se sacaba de la manga.

Rufina sí era santa de la devoción de Agustín. Esta contorsionista parda y bajita de catorce años retorció su cuerpo gitano ante la concurrencia nada más comenzar la función. Lo hacía sobre una peana giratoria para que la pudieran ver desde todos los asientos de platea y de gallinero. Su ropa azul, ajustada y brillante de lentejuelas, relucía a la escasa luz de los candiles mientras sus extremi-

dades se entrecruzaban y su tronco formaba triangulaciones imposibles. Había un macabro truco en todos estos movimientos: algunas articulaciones y huesos de Rufina habían sido descoyuntados por su padre cuando solo era una cría, de manera que pudiera ganarse la vida de contorsionista, como así fue después de que la vendiera al circo por unos cuantos reales. Dos hermanos suyos corrieron peor suerte, también a manos de su padre, al «echarles la manta»⁹ siguiendo el consejo del patriarca gitano de su clan, después de comprobar que venían cortos de seso y que no iban a estar capacitados para llevar una inestable vida errante.

Lo que a Agustín más le gustaba de Rufina no era la forma de anudar su cuerpo, sino el cante que, hiciera lo que hiciera, no dejaba de brotar todo el día de su garganta calé. Amanecía por tangos esta muchacha de Sanlúcar y se iba a dormir por seguirillas. Cantaba por soleá solo cuando se lo pedían, porque siempre acababa llorando antes de terminar el segundo palo, y nadie sabía si era por acordarse de su madre con añoranza o de su padre con resentimiento y rabia. La grandiosidad de Agustín le causó impresión desde el principio, tan pequeña como era la gitanilla. Siempre tenía una sonrisa para él y para todos los componentes del circo, que la mimaban como a una niña pequeña y la protegían hasta la exageración.

9. Antigua costumbre gitana de dejar morir a los niños bajo una manta cuando nacían con retraso mental.